

CAPÍTULO I

LA LEYENDA DE LA CASA DE LOS DESEOS

Una antiquísima leyenda llena de belleza, misterio y fantasía, cuyo origen muy remoto nadie ya recuerda, mostraba la sorprendente historia de una fabulosa casa, una casa muy especial tanto por sus características como por lo que ocurría en ella, que siempre fue conocida, en muchas leguas a la redonda, como la Casa de los Deseos.

Los hombres más ancianos y los sabios de numerosas comarcas, algunas de ellas muy lejanas, narraban multitud de hechos maravillosos y sorprendentes sobre la Casa de los Deseos, aunque ninguno sabía, a ciencia cierta, donde se encontraba la casa, ni la había visto nunca, ni tampoco conocía si existía todavía. Sobre las leyendas recaía un halo de misterio que inspiró a muchos para aventurarse a su encuentro, afrontando, en muchas ocasiones, numerosos peligros en un viaje de final incierto, que, a menudo, tenía un desenlace inesperado para el propio protagonista.

Uno de los elementos más extraordinarios que se mostraban en las narraciones, y lo que les otorgaba a éstas su indiscutible

credibilidad, era que todos los ancianos y sabios que las transmitían describían la casa, en su esencia, de la misma manera, o de formas muy similares entre sí, y todos, sin excepción, referían historias que variaban poco en relación a los prodigios que habían acontecido en tan maravillosa casa a sus afortunados visitantes, que siempre eran personas muy especiales; lo cual hacía pensar, a todo el mundo, que la antigua leyenda era, realmente, una historia que había ocurrido en la realidad, aunque perdida en lo más recóndito del tiempo, y por tanto desdibujada con el paso de los años, al haber pasado oralmente de unas generaciones a otras. Tal vez hayan existido documentos escritos sobre la Casa de los Deseos, pero ninguno de ellos se ha conservado.

La casa, que prácticamente no presentaba elementos ornamentales, de planta rectangular, elevada sobre una sólida base de grandes bloques tallados de piedra granítica, era larga y estrecha, sorprendentemente más larga para unos que para otros, pues no todos los visitantes apreciaban la casa de la misma manera. Tenía dos grandes puertas de bronce con extraños signos grabados, una de entrada, a la que se accedía por una corta escalinata de piedra pulida, y otra de salida, de la que partía otra escalinata idéntica a la primera.

De piedra blanca y brillante eran sus lisas paredes, contrastando con la gris base de bloques de granito sobre la que se asentaba, no presentaba ventana alguna que la adornara rompiendo la continuidad de sus sólidos muros, éstos protegían del cálido sol en

el verano y resguardaban del frío en el invierno, de modo que en su interior parecía no variar la temperatura.

Su hermoso tejado, de tejas de pizarra oscura, azuladas, como las escamas de un gigantesco pez, apuntaba alto hacia el cielo; pero su altura dependía de la grandeza de espíritu de quien la contemplaba; crecía con la nobleza y menguaba con la vulgaridad y las actitudes mezquinas, de tal modo que los que eran indignos no podían ver la casa ni llegar a ella de ninguna manera.

El interior de la casa, salvo por su longitud, era apreciado siempre de la misma manera; el visitante percibía un pasillo con una luz tenue que brotaba de la parte alta. Las paredes aparecían cubiertas de estantes o armarios donde se encontraban los objetos más diversos, pero esto no siempre era así, a veces el pasillo carecía de mobiliario. Cada visitante apreciaba el interior de la casa de un modo diferente que sólo tenía sentido para él.

Sobre el dintel monolítico de la puerta de entrada se podía leer un rótulo con bellos caracteres grabados profundamente y con gran maestría en una losa de piedra, que decía:

“ÉSTE ES EL UMBRAL
DE LO QUE TÚ QUIERAS
SI TU SER ESTÁ CONTENTO CONTIGO”

En la puerta de salida, idéntica a la de entrada, se podía leer otro rótulo sobre otra losa de piedra, pero éste era muy particular ya que se borraba desapareciendo cuando el que salía volvía la

espalda a la casa y no siempre era el mismo. Era un mensaje especial para cada uno de sus visitantes, que sólo para éste tenía sentido, y que sólo él podía leer y comprender al terminar su visita. Este mensaje era en realidad el mejor obsequio que la casa otorgaba a cada uno de los visitantes, un regalo que marcaría su destino después de abandonar la comarca de la Casa de los Deseos; una frase que el agasajado no olvidaría a lo largo de toda su vida.

Un mudable camino mostraba la forma de acceder a la casa, todo él estaba protegido por la sombra de viejos árboles desconocidos en otros lugares, árboles de generosa copa soportada por sólidos troncos formidables que rompían la monotonía de una gran llanura, que parecía no tener fin, cubierta de alta hierba, como si no se hubiera segado nunca; también sobre este particular había distintas versiones, pues no todos los visitantes habían llegado a la casa del mismo modo ni por los mismos medios. Muchos viejos decían que el camino partía de una aldea oculta en la llanura; también se decía que el camino partía de las montañas, pero desde la casa el horizonte era plano, tan plano que el azul del cielo se confundía con el verde de las hierbas, cualquiera que fuera la dirección en que se mirara. En cualquier caso se trataba de un camino oculto que sólo afloraba en el momento de llevarse a cabo la visita a la casa y que luego parecía desvanecerse.

De la salida de la Casa de los Deseos poco se sabía, el misterio era aún mayor, como si, paradójicamente, el punto de

entrada y el de salida estuviesen tremendamente alejados en el espacio. Unos decían que conducía a un espeso, húmedo y oscuro bosque donde era muy fácil perderse, bosque que no estaba exento de peligros; otros que llevaba a un amplio río cuyas aguas serenaban los corazones de quienes las bebían; otros que daba a una hermosa fuente de agua cristalina o a otros lugares que eran siempre distintos según la historia de la que se tratase, o que, simplemente, se abría frente a la llanura de hierba interminable. Una vez que se había salido de la casa la puerta de ésta se cerraba y era imposible rodearla para entrar de nuevo. Al visitante también le estaba vedado visitar la casa una segunda vez y no sólo eso, sino que también era imposible verla de nuevo.

Parecía, al comparar unas historias con otras, como si la casa no estuviera siempre ubicada en el mismo sitio, como si se moviera por obra de algún tipo de magia oculta, como si navegara errante en la llanura flotando sobre las olas que se formaban en las altas hierbas cuando eran mecidas por los vientos, cambiando su emplazamiento en cada una de las historias.



Nadie recordaba en ninguna parte cuántos habían sido los visitantes de la Casa de los Deseos ni quién había sido el último en llegar a ésta, pero nadie dudaba de que la casa hubiera sido visitada en muchas ocasiones y de que aún, en el presente, quien lo necesitara, por alguna razón, podría visitarla y conocer los secretos que se encierran en ella, pero esa posibilidad estaba

reservada a pocos elegidos, a personas que se lo merecían por sus cualidades o que debían cambiar para el beneficio de los demás. En cierto modo daba la impresión de que la casa ejerciera algún tipo de atracción hacia los elegidos que iban a lograr llegar a ella, recorriendo, a menudo, un largo camino para alcanzar su objetivo, en el que eran capaces de afrontar todas las dificultades que iban encontrando a su paso.

El secreto de la casa estaba muy bien protegido. Curiosamente en las comarcas que se encontraban más cercanas a la llanura era donde se conocía menos sobre ella, en esas comarcas la llanura era considerada maldita, como un lugar sin retorno, y casi nadie osaba adentrarse en ella por temor, sobre todo por temor a no poder volver. Por ello quienes vivían cerca de la llanura solían evitar acercarse a ella e intentaban disuadir a los visitantes de sus intenciones de penetrar en el mar de hierba. Nadie había nunca visto de nuevo a alguien que entrara en la llanura y si lo habían visto lo habían mantenido en secreto.

De vez en cuando de forma inesperada, alguien, muchas veces procedente de lejanas tierras, aparecía por esos lugares, hacía preguntas a los lugareños de las comarcas que bordeaban la llanura sobre la casa, hablaba con los viejos y luego se marchaba, sin dejar rastro, en alguna dirección sin que ninguno regresara para contar lo sucedido, al menos en los tiempos recientes.